

solo de parecer virtuoso (1). Hombre sin fe, sin costumbres, sin educacion, sin nacimiento, y al principio sin destino, solo era conocido por un aventurero, ó parásito ó bufon, vendido á cualquiera que quisiera sustentarle. Para él fue una fortuna obtener una plaza de las mas bajas en el abastecimiento de los víveres, en la que malversó lo que tenia á su cargo, y se vió precisado á evadirse del castigo de sus robos, vagando de provincia en provincia. Tal fue el segundo émulo que se opuso al mas distinguido Prelado de su siglo. Al mismo tiempo era duro, rústico, desagradable en su figura y palabras, ignorante hasta lo sumo, sin el menor trato, atronado y revoltoso; de carácter implacable, sin principio alguno de Religion, ya pagano y ya herege, y solo propio para colocar la impiedad arriana en la cátedra Episcopal de la segunda ciudad del universo.

Viéronse al propio tiempo despojadas de sus legítimos Pastores las Iglesias de toda la grande y floreciente provincia de Egipto y de la Libia, que dependia de él. Desterráronlos al centro de las mas espantosas soledades, obligándolos á partir al momento sin respeto á su edad, ni á sus achaques. Cerca de noventa fueron tratados así; y solo uno fue cobarde entre tantos, á saber, Teodoro de Ogirinea, que abandonó con desprecio á todo su Clero. Perecieron muchos de estos ilustres proscriptos en el camino ó en su destierro, bien de miseria, ó bien de las indignidades que tuvieron que sufrir. Así que par-

(1) *Ammian Marcel. lib. 22. cap. 11.*

tieron pusieron en su puesto jóvenes imprudentes, y sin otro mérito que una confesion precipitada del arrianismo, que muchos de ellos no conocian sino por el nombre, y sin otro título que una suma de dinero dada á los oficiales imperiales, que vendian en público las dignidades eclesiásticas al que mas daba. Una multitud innumerable de fieles de ambos sexos, especialmente de monges y vírgenes, fueron sacrificados horriblemente en el lugar santo, y siempre segun el gusto lascivo de la heregía, esto es, despues de los ultrages mil veces mas insoportables á su virtud que la muerte.

54. Fue acometida por mas de cinco mil soldados legionarios, armados en forma con el morrion en la cabeza y la espada desnuda en la mano, una de las principales Iglesias de Alejandría, á tiempo que Atanasio estaba en ella con una parte considerable de su pueblo. Exhortó á las ovejas á retirarse tranquilamente, rehusando este buen Pastor poner su vida en seguridad mientras que la mas pequeña parte del rebaño estuviese en riesgo. Ya estaban rotas las puertas, y á la luz de las sagradas lámparas, porque era de noche, viéronse brillar las armas de la tropa que avanzaba con gritos y amenazas. El ruido y el tumulto eran horribles: caían unos sobre otros, y muchas personas quedaron sufocadas. El santo Obispo á pesar de todo no dejó su lugar; y conociendo entonces que él solo era á quien buscaban, y que el furor no cesaria en tanto que no fuese preso, se entregó generosamente á morir por la salud de su grey.

Por fin , habiendo salido la mayor parte de los fieles , los Clérigos y solitarios que quedaban le llevaron consigo , y fue tan grande la concurrencia de los que querian salir , que le faltó poco para no ser ahogado. Quedó largo tiempo desmayado y sin conocimiento , de modo que le llevaron como muerto , lo que sin duda facilitó su evasion en medio de tantos furiosos satélites , de cuyas manos parecia imposible que escapase sin milagro. Cuando supieron los bárbaros perseguidores que estaba vivo , no hubo reducto tan oculto que no registrasen en las ciudades , en los pueblos y en los campos. Es inesplicable lo que sufrió ocultándose. Permaneció largo tiempo en una cisterna seca , adonde los dueños de la habitacion le llevaban de comer de tiempo en tiempo. *Las incomodidades de la fuga , dice él mismo , son mas difíciles de sufrir que los dolores de la muerte , y el principal mérito de los que padecen persecucion consiste en perseverar sin fastidio y sin impaciencia* (1).

Los ministros de la tiranía enviaron soldados que registrasen los piadosos asilos de Tabena , creyendo encontrarle allí , pues amaba en extremo estas soledades. La tropa desenfadada hizo que abriesen todas las puertas de los monasterios y de las lauras , y no pudieron hallarle. Entonces se echó de ver cuanto distaban sus angélicos moradores , desprendidos de todo interés terreno , de aquellos Prelados tímidos que esperaban el favor de la corte. No se dignaban saludar á los enemigos de la Iglesia estos piadosos é intrépi-

(1) *Athanas. de fug. gág. 717.*

dos solitarios , observando el Evangelio al pie la letra ; y confesaban su fe delante de espadas desnudas , consolándose solo con los ultrajes que sufrían por la misma causa , de no morir por ella.

En efecto estaba Atanasio entre los cenobitas de Tabena , aunque no habian podido descubrirle. Temió que al fin el peso de la persecucion recayese sobre estos generosos huéspedes , y se internó mas en la soledad , edificando por su porte á los anacoretas mas remotos del trato de los hombres. Admiraban en este Prelado , oprimido de trabajos y pesares , tanto recogimiento como en cualquiera de ellos. Protestaron por largo tiempo haber adelantado mas en la ciencia sublime de la perfeccion evangélica con las conversaciones y ejemplos de Atanasio , que con todas sus austeridades y oraciones. Se cree que permaneció en este retiro cerca de seis meses , mientras los cuales este infatigable Doctor fue tan útil á la Iglesia como en medio de las mas populosas ciudades. Confirmó en la fe las provincias mas remotas de su Diócesis , que podia aun visitar ; y en sus intervalos de descanso compuso entre otras obras su admirable apología á Constanzo , con su epístola á los solitarios.

Quería prevenir á estos contra el artificio de los hereges , que no pudiendo seducirlos , llegaban á sus santas moradas para jactarse á lo menos de estar en comunión con ellos. Les pide que examinen con escrupulosa atencion la fe de los viajeros que les visitasen : que no den oídos á los que sostuyesen una doctrina sospechosa , ni á los que comunicasen con los

sectarios como no quebrantasen este trato escandaloso. Hay otra epístola de San Atanasio á los solitarios mucho mas estensa que esta, y que debe llamarse mas bien un tratado, que una epístola; comprendió dos partes, la primera concerniente al dogma, la que por desgracia se ha perdido. En la segunda, toda histórica y conservada casi entera, justifica el santo Pastor su fuga contra las calumnias de los sectarios mismos, que obligándole á ella, se la improperaban como una cobardía.

55. Examina á fondo en la apología dirigida al Emperador los diversos artículos de acusacion promovidos contra él mismo; demuestra con la mayor evidencia y claridad su inocencia, y esto con toda la libertad conveniente á la causa que defendia. Celoso sobre todo de la reputacion de súbdito fiel, tan importante al honor y autoridad del Episcopado, toma su elocuencia un grado admirable de sublimidad para tratar de las semillas de cizaña, que se le acusaba haber propagado entre el Emperador reinante y el muerto Constante. Su ardor se inflama mucho mas con motivo de su supuesta adhesion al tirano Magnencio: „Príncipe, le dice, no se trata aquí de un interés pecuniario, sino de la gloria de la Iglesia. No dejes sobre ella las sombras odiosas de una sospecha tan bien disipada; y jamás pongais en duda de que los Cristianos, y sobre todo los Obispos, miran con execracion tan monstruosos atentados como las conspiraciones, la ingratitude y el crimen. Si yo fuese acusado delante de otro Juez, apelaria al Emperador; pero

acusado ante vos, ¿á quién podré acudir? Al Padre adorable de aquel adorable Hijo, que dijo: *Yo soy la verdad*; es la fuente eterna y eternamente fecunda de esta verdad, formidable vengador de la mentira y de las imposturas; tomad pues la defensa del oprimido, que no lo es sino por vos, y amparad el honor de vuestro ministro, y el de la Iglesia que Cristo adquirió á costa de toda su sangre.”

Haber desobedecido al Emperador no queriendo salir de Egipto, era la última acusacion contra el santo Patriarca. A esto contesta, que no es tan osado ni temerario que resista á un Príncipe tan grande. Se esfuerza despues á convencerle de que no lo hizo; y hace una exacta relacion de lo que habia pasado. Y celebrando por otra parte los enemigos de la fe como un triunfo sus desgraciados sucesos contra él, no omite cosa alguna para desacreditar sus tramas abominables. „Si es vergonzoso, dice, que los Obispos hayan cedido al temor, mas vergonzoso es habersele causado; porque nada prueba mejor la maldad de tal causa. Esta es la conducta, no del Salvador que se contenta con exhortar, diciendo: *si alguno quiere venir en pos de mí, sígame*: sino del Anti-Cristo, que solo hace falsarios é hipócritas con las amenazas continuas del destierro y de la muerte.”

56. Inútil fue la apología, porque la persecucion se esparció furiosamente por do quiera que se encontraban Prelados adictos á Atanasio y á la fe de Nicéa, desde el Egipto y la Siria hasta las estremidades del Occidente. Señalábanse mucho las Galias defendiendo

la buena causa; por lo que no podían permanecer indiferentes en una convulsion tan general. Hacia desde mucho tiempo disimuladas diligencias para sembrar la cizaña entre la floreciente mies, Saturnino, Obispo de Arlés, una de las principales Sillas de la Iglesia Galicana. Descubrióse su trato con los novadores, en especial con Ursacio y Valente; y fue excluido de la comunión de casi todos los Obispos sus compatriotas (1). Quería con todo hacer triunfar el error; y con la proteccion imperial reunió un Concilio en Beiers en los primeros meses de este año de 356. Mas halló en Hilario, Obispo de Poitiers, uno de aquellos grandes hombres criados por Dios, así para arrancar como para plantar, y para hacer inútil la malignidad de los adversarios.

Nació en Poitiers de una de las mas distinguidas familias de todas las Galias, dotado de un talento superior y un amor indecible á las ciencias: habia adquirido los conocimientos filosóficos y literarios mas profundos y mas vastos. Criado en el paganismo, no estudió al principio mas que los escritores profanos, los que no podían satisfacer á la exactitud de su espíritu ni á su admirable rigidéz en el inquirimiento de la verdad y del buen órden acomodado á la recta razon. Habia ya conocido lo incompatible de su entendimiento con todo lo que no fuese virtud; y descubrió claramente la falsedad y extravagancia de lo que enseñaban los Gentiles acerca de la Divinidad, á la que estos sabios carnales dividian en diversos se-

(1) *Sulp. Sev. lib. 2. hist.*

xos, atribuyéndole algunas veces lo mas vicioso del uno y del otro, y aun la ponian en brutos, y en las estátuas mudas; y se convenció de que no podia haber sino un solo Dios Eterno, Omnipotente é Inmutable. Habiendo adquirido los libros sagrados despues de tantas investigaciones, hizo en el conocimiento de la verdad progresos dignos de las fuentes donde bebía, y de la disposicion con que se dedicaba á su lectura. Deseaba, como nos dice él mismo, que la creencia de lo verdadero tuviese como la práctica del bien un premio eterno. Enseñóle especialmente el Evangelio de San Juan toda la estension de la caridad divina con los hombres. Nada halló increíble en la incomprendibilidad misma de la perfeccion infinita, en el anonadamiento del Verbo hecho carne por redimirnos, ni en la elevacion de la Naturaleza humana á la union hipostática con la Divinidad. Abrazó el dogma de la consubstancialidad sin haber oido hablar aun del santo Concilio que la habia definido; y habiéndola aprendido en el Evangelio por una ilustracion como inmediata de la luz increada, la sostuvo con todo el entusiasmo y fidelidad debida á una doctrina tan divina.

No encontraron mas digno sucesor del santo Obispo Magnencio, al vacar el Obispado de Poitiers por muerte de aquel Santo, hermano de San Maximino de Tréveris que á Hilario, y esto á pesar de que era casado. Dió tal crédito á su doctrina la fama de sus luces y de su virtud, que no tan solo conservó la verdadera fe en su diócesis y en las provincias conti-

guas, sino que tambien preservó del arrianismo á todas las Galias. Tuvo valor para denunciar, en el Concilio reunido por las intrigas del herege Saturnino, á este mismo protector de la heregia tan furioso en sus rencores, como corrompido en la fe y en las costumbres. El sectario no encontró mejor venganza contra tal antagonista que el hacerle desterrar hasta la Frigia, con una supuesta relacion que envió á Constanzo de lo ocurrido en Beciers. Ródano de Tolosa partió con Hilario, siendo aquel mas fuerte por esta union que por su carácter naturalmente fácil, y logró morir con valor en su destierro como Paulino de Tréveris. Al santo Obispo de Poitiers no le nombraron sucesor, pues mientras estuvo ausente gobernó su diócesis el escelente Clero que habia formado en ella.

57. Su nombradía pasó antes que su persona los montes y los mares; y de las provincias mas distantes le llegaron ilustres discípulos. Uno de ellos fue el gran San Martin que nació en Panonia, hijo de un militar; profesion que egirió el mismo desde jóven, y en la que hizo aquel acto heroico de caridad que le despojó de una parte de su vestido para cubrir á un pobre de Jesucristo; y en todo lo restante de su vida vertió Dios en su alma la abundancia de las gracias celestiales (1). Así que obtuvo su retiro de la milicia, acudió á Poitiers á ponerse bajo la direccion del santo Obispo, que le colocó entre sus Clérigos, y aun quiso ordenarle Diácono; pero el humilde discípulo se creyó demasiado honrado con recibir el ór-

(1) Sev. Sulpic. in vit. S. Mart. init.

den de Exorcista. Inútilmente buscó la obscuridad y el desprecio, pues el Todopoderoso principió comunicándole por el egercicio mismo de este ministerio inferior el don prodigioso de milagros, que le hizo uno de los mas nombrados taumaturgos de la Iglesia.

Desterrado en el entretanto su benemérito Maestro allá en Oriente, parecia mas bien un Apóstol que un desterrado, y aunque no logró restaurar la fe en su esplendor primitivo, fue causa sin embargo de que no decayese de todo punto, y evitó infinitos abusos. Do quiera que se presentaba, imponian mucho su valor y sus luces á los hereges. Parecia no haber dejado su Iglesia sino para cuidar de todas las demás; pero las de la Galia le interesaban especialmente. No recibiendo sin embargo ninguna carta de sus Obispos, concibió las mas crueles zozobras, temiendo que como otros muchos se hubiesen rendido á la obstinacion de los seductores, y que la Religion les fuese ya indiferente como su propia persona. Cuando llegaron sus cartas supo, que la dificultad de la comunicacion era la sola causa que hasta entonces le habia privado de su correspondencia. Recompensaron agradablemente sus temores las nuevas pruebas de su fe y los nuevos triunfos contra la heregia. Le noticiaron la condenacion espresa que acababan de hacer de la segunda fórmula hecha en Sirmio el año 357 por Potamio, Obispo de Lisboa, y adoptada por todo el partido herético.

58. Tambien supo que San Febadio de Agen empleaba sus luces y elocuencia en reformar esta fór-

mula maliciosa, mucho mas mala que la primera que solo pecaba por insuficiente, mientras que en esta se veía mas claramente la blasfemia y la impiedad bajo los velos groseros que la tapaban débilmente. „Convenimos, dice, en que no hay sino un Dios Padre Todopoderoso como lo cree todo el universo, y un solo Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor y nuestro Salvador, engendrado de él ante todos los siglos; que no se puede ni debe reconocer dos Dioses, pues el Señor mismo ha dicho: *Yo iré á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios;* (cuyo testo ensalzaban con énfasis los autores de esta fórmula, para atribuir la Divinidad á solo el Padre, escluyendo al Hijo). Hemos convenido sobre todo lo demás, añaden con mas malignidad todavía; pero como algunos pocos se ofendian de la palabra substancia, se ha juzgado oportuno no mentarla.” Con este pretesto especioso no se hablaba ni de identidad, ni aun de semejanza de naturaleza; y todo el contesto inducia naturalmente á pensar, que el Hijo de Dios era de otra naturaleza que su Padre, precedente no de su substancia sino de la nada como todos los seres criados. Examina San Febadio esta fórmula desde el principio hasta el fin de ella, y hace observar que lo que al parecer tenia de bueno está puesto con tal artificio, que fácilmente se puede torcer á un sentido perverso.

Despues al esponer con la precision mas exacta la fe católica sobre la unidad de la substancia, dice: „he aquí lo que creemos firmemente, lo que hemos reci-

bido de los Profetas y de los Apóstoles, lo que sellaron los Mártires con su sangre. Están tan adictas nuestras provincias á esta creencia, que si un ángel del cielo nos dijera lo contrario, le diríamos anatema, á egemplo del Apóstol. No se nos oponga, pues, el nombre de Osio, aunque Padre de los Obispos, y cuya doctrina se siguió. ¿Qué uso puede hacerse de la autoridad de un hombre que se engaña al presente, ó que siempre se engañó? Todos saben cuáles han sido sus sentimientos hasta una edad avanzada, y la firmeza con que defendió la fe católica y que condenó á los Arrianos así en Sárdica como en Nicéa. Si hoy opina de otro modo, si sostiene lo que condenó, y condena lo que defendió; su autoridad, repito, es nula. Si creyó mal por espacio de noventa años, no me persuadiré á que despues de noventa años principie á creer mejor.”

59. Una constancia tal en los Obispos de la Galia escitó la emulacion de los mismos Orientales, y dividió á los contradictores del Concilio de Nicéa. Concibieron muchos de ellos, que desechaban precisamente el término *Consubstancial* como inusitado en las Escrituras, las consecuencias de una ficcion ó lenguaje equívoco que acreditaba una doctrina que ellos mismos miraban en el fondo como herética. Reuniéronse, pues, en Concilio en Ancira, capital de la Galacia, á petición del Metropolitano Basilio; cuyas intenciones se pretende que no eran mas puras que su fe, y que aspiraba á la Silla de Antioquía, próxima á vacar por muerte del Patriarca eunuco, es decir,

del despreciable Leoncio. En fin, se sospechaba con fundamento de que Basilio miraba con celos á Eudósio, que despues de la muerte de Leoncio se trasladó con intrigas y sin forma alguna regular desde la pequeña diócesis de Germanicia al Patriarcado de Oriente. La condenacion de los Anomeos fue el resultado del Concilio de Ancira, á saber, de los Arrianos puros que negaban no solo que el Hijo de Dios era consubstancial al Padre, sino tambien que fuese (\*) semejante en substancia: lo que significa la palabra griega *Anomoios*, desemejante.

60. Al frente de esta secta la mas impía del arrianismo estaba Eudósio con Acacio de Cesaréa y Uranio de Tiro. Acababan entonces de condenar en un Concilio así la palabra *Homoiousios*, semejante en substancia, como *Homousios*, consubstancial. Este Eudósio, aunque de un natural suave, ó mas bien débil y tímido, tenia un celo por la secta que le sacaba de su natural, no dejándole observar las atenciones de su antecesor Leoncio. Educado en la escuela de Aecio, no tenia mas prudencia que este aventurero, sin freno con todos aquellos que le contradecian. Apenas el maestro tuvo noticia de la fortuna de su discípulo, volvió precipitadamente desde Egipto donde su impiedad y su insolencia le forzaron á ocultarse, y trajo en su auxilio á cierto Eunomio, aventurero del mis-

(\*) La fe católica no admite la palabra *Homoiousion*, que significa semejante en la substancia, puesto que confiesa al Hijo de Dios no tan solo semejante, sino de una misma substancia ó naturaleza con el Padre.

mo natural y conducta, y este en lo sucesivo formó, aunque sin ninguna opinion particular, un nuevo cisma entre los propios Anomeos.

Los Arrianos se cuentan tambien en este partido hablando solo de los cismáticos mas célebres. Estos eran discípulos de Aecio, el que sin enseñar cosa alguna particular sobre la Trinidad hizo faccion aparte, enseñando que no hay diferencia alguna entre el Sacerdote y el Obispo: que es en vano orar por los difuntos; y reprobaba con la celebracion de las fiestas las prácticas mas solemnes del culto exterior, las que trataba en general de observancias judaicas.

Basilio de Ancira, Eustacio de Sebaste, y Eleusio de Cicico, eran los mas célebres en otro partido llamado de los Semiarianos. No admitian el Concilio de Nicéa; y aunque sostenian fuertemente que el Hijo era semejante al Padre en la substancia y en todas las cosas, jamás confesaban claramente la identidad de naturaleza con el Padre, y así la negaban en términos espresos. El último anatema de su Concilio de Ancira condena espresamente la palabra Consubstancial.

Diéronse traza de tener propicio al Emperador, y para esto no queriendo depositar su confianza en otros que en sí mismos se trasladaron á Sirmio, y le pidieron con muchas instancias, que mandase egecutar los decretos de tantos Concilios que tenian decidida la semejanza de naturaleza entre el Padre y el Hijo. Con el fin de precaver persecuciones quitaron por única vez el anatema fallado contra el dogma de la Consustancialidad de su profesion de fe.